

«Persuadimos a los hombres»

Dijo Pablo en 2ª Corintios 5.11a: «Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres». Examinemos someramente esta breve aseveración, pues ella contiene varias lecciones útiles.

«[NOSOTROS] PERSUADIMOS A LOS HOMBRES»

El tesoro del evangelio está contenido en vasos de barro (2ª Corintios 4.7). No fue a los ángeles a quienes se les dio el privilegio de llevar el evangelio al mundo. Este honor —y responsabilidad— les fue dado a los hombres.

Los hombres son salvados por la predicación de la Palabra (1ª Corintios 1.21). En este sentido, los hombres salvan a otros hombres (Santiago 5.20). Sin lugar a dudas, los autores neotestamentarios consideraron que la mediación humana es un importante eslabón de la cadena salvadora.

A veces las personas objetan la doctrina del bautismo para el perdón de pecados, porque hace que la salvación dependa parcialmente de un tercero, de un ser humano. La doctrina de la fe también hace esto, pues de algún modo ha de predicarse o enseñarse a cada persona. (Vea Romanos 10.13–14.) Esta objeción, por lo tanto, eliminaría la fe así como eliminó el bautismo.

«PERSUADIMOS A LOS HOMBRES»

No obligamos a los hombres a ser cristianos. Tampoco los asustamos para que lo sean. Lo que hacemos, más bien, es persuadirlos. Dios gobierna el universo material por la fuerza, pero no gobierna al hombre del mismo modo. En lugar de esto, Él está a la puerta del corazón del hombre y llama, deseando ser invitado a entrar (Apocalipsis 3.20).

La enseñanza es el único método de llevar personas a Cristo. Si no se les puede ganar por medio de la enseñanza, entonces será imposible ganarlos. Juan 6.44–45 revela que Dios trata con el

hombre atendiendo al principio de que este tiene la capacidad de aceptar: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere [...] Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí».

«PERSUADIMOS A LOS HOMBRES»

El mensaje persuasivo de Dios está dirigido al hombre... no a las piedras, ni a las rocas, ni a los mares, ni a los cometas. Dios tiene presente al hombre. Ha mostrado más interés en este, que en todas las estrellas que resplandecen.

La salvación no consiste en persuadir a Dios. El método de «darse a la religión» mediante el sentarse en un lugar especial para los que han sido conmovidos, es un método que consiste en rogar a Dios que salve. No necesitamos persuadir a Dios de que nos salve; Él está dispuesto y ansioso. Nos invita. Recordemos que el abismo que separó al hombre de Dios, fue hecho por el hombre. Es el hombre el que debe volverse a Dios, no Dios. «Reconciliaos con Dios» (2ª Corintios 5.20); no es cuestión de reconciliar a Dios con el hombre.

¿A qué persuadía Pablo a los hombres? Un hombre le dijo: «Por poco me persuades a ser cristiano» (Hechos 26.28). Pablo no persuadía a los hombres a ser ninguna clase de «istas» ni de «itas». No los persuadía a ser miembros de alguna denominación. Los persuadía a ser cristianos. Los persuadía a ser cristianos —y cristianos solamente.

«EL TEMOR DEL SEÑOR»

Pablo dijo que él persuadía a los hombres porque él conocía «el temor del Señor». Este es un atributo de Dios que a veces la gente pasa por alto. Dios es bueno, y a la vez severo (Romanos 11.22). Él es siempre misericordioso cuando puede serlo, pero severo cuando tiene que serlo.

Hemos visto personas que se rebelan contra un Dios personal y dicen que la Naturaleza es su Dios. No les gusta la idea de un Dios personal que a veces manifiesta severidad. No se detienen a pensar que, además de las características bondadosas del mundo natural, las fuerzas de la naturaleza también tienen una faceta temible.

Tanto la bondad como la ira de Dios se ven por todo el Antiguo Testamento. El huerto del Edén muestra la bondad de Dios, pero el haber sido expulsado el hombre de ese huerto muestra la severidad de Dios. Dios fue paciente y sufrido con el hombre por muchos años; sin embargo, la historia del hombre en el Antiguo Testamento está interrumpida por el diluvio, la destrucción de Sodoma y de Gomorra, la destrucción del ejército egipcio, y muchos otros incidentes.

Es muy probable que Pablo, al mencionar «el

temor del Señor», estuviera pensando en la ira que se revelará el Día del Juicio. Pablo predicó del juicio venidero a Félix, y este «se espantó» («tembló», KJV; Hechos 24.25). Nosotros también deberíamos temblar: «nuestro Dios es fuego consumidor» (Hebreos 12.29). «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (Hebreos 10.31). Félix, no obstante, no se decidió a actuar. No respondió al mensaje del evangelio, pero dijo que llamaría a Pablo cuando tuviera otra oportunidad. No sabemos si alguna vez tuvo otra oportunidad de recibir a Cristo.

CONCLUSIÓN

¿Espera usted tener «otra oportunidad» para el evangelio? ¿Cuántas oportunidades le quedan? «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (Hebreos 2.3a). ■

La reverencia es necesaria

Hebreos 12.28 nos exhorta a que «tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia». «Reverencia» significa «profundo respeto mezclado con temor y afecto». Existe en el corazón, pero se expresa y se manifiesta de muchas maneras.

En nuestra vida diaria

Los que tienen reverencia para con Dios muestran este profundo respeto en sus vidas. Una de las grandes características de Dios que se hace manifiesta en Su Palabra es Su omnipresencia. Dios está en todo lugar. Deberíamos vivir en constante reconocimiento de esta gran verdad. Si siempre recordáramos que el Dios que ve todo pajarillo que cae, también observa cada uno de nuestros actos, tal recordatorio sería de gran influencia para bien en nuestra vida.

En nuestro discurso

Los que tienen reverencia para con Dios muestran respeto por el nombre de Dios en todo momento. «Santo y temible es su nombre» (Salmos 111.9). El tercer mandamiento fue dado para grabar esta verdad en la mente del hombre: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano» (Éxodo 20.7). Vea Levítico 24.10–16 como prueba de que Dios lo dijo en serio. Se dio la orden de que todo aquel que profanara el nombre de Dios, fuera apedreado. Dios jamás ha permitido, en era alguna, que su nombre sea usado en vano. Su nombre es santo; Él desea que sea debidamente respetado.

No sé de nada que muestre mayor falta de reverencia que el usar nombres santos como blasfemias. La misma lengua que se usa para maldecir no puede cantar de forma aceptable las alabanzas de Dios en la asamblea (Santiago 3.9–12).

En nuestra adoración

Los que tienen reverencia por Dios, la manifiestan en el culto. Muchos vienen al culto y no ven a Dios, pero Él está allí. Cuando Moisés estuvo ante la zarza que ardía en fuego, Dios le dijo: «... quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es» (Éxodo 3.5). La presencia de Dios la hacía santa.

Después que a Joacim le leyeron la Palabra de Dios, tomó un cortaplumas, cortó el rollo en pedazos, y lo echó en el fuego (Jeremías 36.1–3, 21–24). Puede que nos horrorice cuán sacrílego fue él, pero, ¿cómo tratamos nosotros la lectura en público de la palabra? ¿Mostramos nosotros el profundo respeto que ella merece?

¡Sirva usted a Dios constantemente con temor y reverencia! Esté conciente de Su constante presencia. Condúzcase delante de Él con humildad y temor. Sea cauteloso para decir Su nombre.